

## ¡Adiós, querido maestro!

---

Luko Hilje Q.

En noviembre del año pasado publiqué en la prensa un artículo titulado *Alvaro Wille, maestro entomólogo*, a raíz de un reconocimiento que le hiciera a él el Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio) por sus notables y pioneros esfuerzos por contribuir en la comprensión de la biología y ecología de las abejas melipónidas, nativas del neotrópico. Ello me dio la oportunidad de repasar su impronta y presencia en mi vida, así como en la de otros colegas que elegimos la entomología como profesión.

Si bien es cierto que otros pioneros le antecedieron en este campo profesional, no hay duda de que él fue su más firme promotor en el país, no solo por su sólido bagaje académico, adquirido en la Universidad de Kansas, en Lawrence, sino sobre todo porque dedicó prácticamente toda su vida profesional al profundo y minucioso estudio de la taxonomía y el comportamiento de un solo grupo de insectos (esas abejas jicotes, arragres, congos o enredapelo), convirtiéndose en un especialista de renombre mundial. Y lo hizo desde aquí, desde su amado trópico.

Con su inusitada capacidad intelectual, de sobra se pudo haber quedado morando y produciendo académicamente en los EE.UU. Pero, consecuente con los desafíos que se le planteaban en su terruño, supo ponderar la oferta del visionario rector don Rodrigo Facio, promotor de la célebre Reforma Universitaria de 1957, y regresar donde tanto se le necesitaba.

Y, así, con su doctorado académico, en 1959 se incorporaba a la Facultad de Agronomía de la Universidad de Costa Rica, para cumplir su noble misión. Excelente docente, pero también fundador y director del Museo de Insectos por 23 años, convirtió ese sitio en una especie de ágora, en la que al trabajo intenso de recolección y preservación de insectos se sumaban las muy enriquecedoras tertulias que empezaban en los insectos y terminaban -si es que alguna vez terminaron, porque esas interrogantes nunca se agotan- en disquisiciones filosóficas que nos conducían a cuestionarlo todo, para comprender mejor la naturaleza, así como a la especie humana. Es decir, hizo escuela, como un genuino maestro, rompiendo dogmas y mitos, a la vez que proponiendo ideas originales, para ser desarrolladas y construidas colectivamente.

Tras unos 20 años de no verlo, hace poco más de un año lo visitamos en su lecho de enfermo, y pasamos una tarde grata, evocando aquellos buenos tiempos. En medio de las dificultades para articular sus ideas, intuí que estaba sereno y tranquilo de saber que su labor formativa, que no se restringió al mundo de los insectos *per se*, sino que también adquirió una dimensión ética de conservacionista (plasmada en su libro *“Corcovado: meditaciones de un biólogo”*, galardonado con el Premio Nacional Aquileo Echeverría en 1983) había fructificado.

Es por eso que hoy, ante su cuerpo exánime, como agradecido discípulo deseo decirle: ¡Adiós, querido maestro! Puede usted descansar en paz, pues aquella semilla sembrada hace casi medio siglo ya ha producido numerosas y copiosas cosechas. Su obra continúa en nosotros y en quienes nos releven y, de seguro, ahí estará siempre su firme e indeleble huella. ¡Sí. Descanse en paz!”.

**2006**